

NARRATIVAS DE LA MEMORIA, CONFLICTO Y ORGANIZACIONES TERRITORIALES EN LOS MONTES DE MARÍA

CIELO PATRICIA PUELLO SARABIA*

RESUMEN

Este artículo es una reflexión sobre la dinámica de narrar la memoria en Montes de María, subregión del Caribe colombiano, que parte de los intereses y preocupaciones expresados por líderes de diversas organizaciones territoriales. Para lograrlo, se realizaron tres talleres de narrativas en tres municipios de la subregión: Tolú Viejo, San Juan y Ovejas. Partiendo de lo encontrado, y con base en el debate sobre la memoria como un escenario de disputa, se reflexiona sobre las particularidades culturales de la subregión en materia de narración y se evidencia la existencia de agendas delimitadas sobre lo que se entiende por memoria y sobre lo que se quiere narrar desde las comunidades. El artículo señala cómo esto se

* Cielo Puello es miembro del Grupo Regional de Memoria Histórica y profesora de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, de la Universidad Tecnológica de Bolívar (UTB), en Cartagena. Correo electrónico: cpuellos@utb.edu.co. Las reflexiones contenidas en el presente artículo son resultado de la realización de tres talleres de narrativas en el marco del proyecto “Fortalecimiento de las bases y las capacidades territoriales para la reconstrucción participativa de la memoria histórica del conflicto armado en los Montes de María”, adelantado por el Grupo Regional de Memoria Histórica de la UTB, con el apoyo de La Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES). Los talleres se realizaron en los municipios de Tolú Viejo (25 de febrero), Ovejas (11 de marzo) y San Juan (12 marzo), en 2017. En ellos participaron representantes de organizaciones y colectivos territoriales de nueve (9) municipios. En Tolú Viejo fueron convocadas también organizaciones de San Onofre y María La Baja; en Ovejas, de Chalán y Colosó; y en San Juan, de San Jacinto y El Guamo. Los talleres fueron antecedidos por cinco mesas subregionales de metodologías participativas, realizadas entre febrero y marzo de 2017. La autora agradece a Karen Cueto, Jhon Padilla y Elsa Garzón por su apoyo en el desarrollo de los “Talleres de narrativa, crónica y escritura, con participantes representativos de diversas iniciativas o procesos de memoria histórica en el territorio de Montes de María”, y por las reflexiones que han alimentado la escritura de este artículo. Recibido: octubre 16 de 2017; aceptado: noviembre 20 de 2017.

articula a intereses territoriales, al tiempo que sitúa las dificultades para construir esas narrativas de la memoria en el marco del conflicto colombiano.

Palabras clave: Memoria, conflicto armado, territorio, Montes de María, trabajos de la memoria.

Clasificaciones JEL: R00, R22, Z13.

ABSTRACT

Narratives of Memory, Conflict and Territorial Organizations in Montes De María, Colombia

This article is a reflection of the memory of Montes de María, a subregion of the Colombian Caribbean. It uses the interests and concerns expressed by leaders of some territorial organizations. In order to gather information, three memory narrative workshops were held in three municipalities of the subregion: Tolú Viejo, San Juan and Ovejas. Based on what was found, and on the debate of the memory as a dispute scenario, I reflect on the cultural particularities of the subregion when talking about narration and I show evidence of the existence of delimited agendas of what the communities want to narrate and for what purposes they want to do it. At the same time, in this article I find the difficulties to construct these narratives of memory in the colombian context.

Key words: Memory, armed conflict, territory, Montes de Maria, labors of memory.

JEL Classifications: R00, R22, Z13.

I. INTRODUCCIÓN

“No sólo se trata de contar lo negativo, sino cómo a través de todas esas cosas negativas nosotros como comunidad, como instituciones, podemos enderezar ese camino”

(Participante del taller de narrativas, Ovejas-Sucre, 25 de febrero de 2017)

Montes de María es una subregión del Caribe colombiano, conformada por 15 municipios de los departamentos de Bolívar (San Jacinto, San Juan Nepo-

muceno, María La Baja, Carmen de Bolívar, El Guamo, Córdoba y Zambrano) y Sucre (San Onofre, Ovejas, Chalán, Colosó, Morroa, Tolú Viejo, Los Palmitos y San Antonio de los Palmitos) (Jiménez, 2016). Esta es una de las zonas del país donde que más vivió la crudeza del conflicto armado reciente, debido a que en ella operaron tanto grupos de guerrilla (Ejército de Liberación Nacional - ELN, Ejército Revolucionario del Pueblo - ERP, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC) como paramilitares (Autodefensas Unidas de Colombia - AUC) que se disputaron el control territorial, vulnerando los derechos fundamentales de la población civil.

Aunque, por su vocación agropecuaria, esta subregión llegó a considerarse la despensa del Caribe, en los discursos de mayor circulación en el contexto nacional se le relaciona casi que ineludiblemente con la violencia. Por ejemplo, entre 1996 y 2002, período de recrudescimiento del conflicto armado en el país, los medios de comunicación nacionales registraban con frecuencia hechos victimizantes (secuestros, masacres, tomas, etc.) perpetrados en el territorio. Y en muchos casos, en las noticias se reproducían discursos que señalaban a la población civil como auxiliadora o simpatizante de los actores armados ilegales.¹ Adicionalmente, con la desmovilización de las AUC, los comandantes de distintos frentes que se acogieron a la Ley de Justicia y Paz reconocieron los hechos victimizantes contra la población, aunque calificándolos como parte de la lucha contrainsurgente. Esto ayudó a develar los horrores de la guerra en el territorio, pero también condujo a la estigmatización de las víctimas, dificultando procesos de justicia y reparación.

Esta situación ha generado reflexiones críticas al interior de organizaciones civiles (campesinas, de mujeres, afros, indígenas o de víctimas) de los Montes de María, que están trabajando en pro de la defensa de sus derechos y de la reconstrucción de la memoria histórica en el territorio. Es por eso que algunas de ellas

¹ Por ejemplo, en 1996 las FARC realizó un atentado a la estación de policía en Chalán, Sucre, utilizando un burro cargado de material explosivo. Esto ocasionó la muerte de 11 uniformados y condujo a la estigmatización de la población civil, que fue señalada por autoridades militares como colaboradora de esta guerrilla. El propio Ministro de Defensa afirmó que “Chalán no merecía la policía que tenía” (Toscano, 2015). Las acusaciones fueron reportadas en los medios nacionales en ese momento, sin tener en cuenta qué decían los habitantes de Chalán al respecto. Poco después del ataque, se retiró la estación de policía del municipio, y sólo se restituyó en 2002. En el taller realizado el 11 de marzo de 2017 en Ovejas, Sucre, los integrantes de organizaciones provenientes de Chalán señalaban esa experiencia como determinante en la intensificación de los violaciones de los derechos humanos en su territorio y sobre todo insistían en que lo del “burro bomba” sigue siendo una etiqueta con la que se les estigmatiza dentro y fuera de la subregión.

están apostándole a registrar y poner en circulación sus memorias del conflicto, pues son conscientes de la necesidad de ampliar los discursos que ya se conocen, especialmente porque consideran que es una manera de legitimar sus luchas y de posicionar su voz, desligándose de etiquetas que los estigmatizan o los limitan.

Esta tarea es relevante si se tiene en cuenta que el conflicto armado colombiano, en sus más de 50 años de duración, ha sido también una disputa en el campo de las representaciones y la memoria. Todos los actores armados han construido y puesto en circulación sus interpretaciones sobre las causas y desarrollo del conflicto, sobre los impactos de este a nivel político y social en el país y, en especial, sobre cómo han participado en él, en contraposición a los otros.² Así, aunque no hayan gozado del mismo reconocimiento en el ámbito público nacional o no cuenten con el mismo poder para movilizar sus discursos a través de distintos vehículos, han interpelado a sus opositores presentando su propia interpretación de la experiencia de la guerra como la única posible. Trabajos como los de Arrieta (2014); García (2014); Corena y Maldonado (2016) y Jiménez (2016), por ejemplo, exploran representaciones del conflicto y sus actores, dejando ver que los aquellos armados validan discursivamente su lugar de enunciación y hacen aparecer sus actos como inevitables, aunque estos hayan implicado violencia contra la población civil.

Si bien resulta obvio señalar que la población civil victimizada también posee una voz, es importante tener presente que esta ha ingresado de forma lenta en el ámbito de lo público. Diversas organizaciones, especialmente de mujeres, iniciaron procesos de visibilización de los hechos victimizantes en períodos álgidos de la violencia. Algunas de ellas son: 1) la Red Nacional de Mujeres, que surgió en 1992 después de participar en la asamblea Nacional Constituyente de 1991; 2) la Ruta Pacífica de Mujeres, que se hizo visible en el contexto político en 1995; y 3) Iniciativas de Mujeres por la Paz, que surgió en la primera Conferencia de Mujeres Colombianas por la Paz, realizada en Estocolmo, Suecia, en 2001 (Grupo

² La voz estatal incluye alocuciones presidenciales, declaraciones de funcionarios, informes, noticias, libros de texto, producción académica, campañas publicitarias, publicaciones web, entre otros. Mientras que la voz de los actores armados ilegales ha aparecido a través de comunicados abiertos, grafitis o panfletos dejados a la vista de la población civil, declaraciones o versiones libres dadas dentro de los procesos de negociación e incluso canciones o videos que circulan en espacios virtuales de diferente índole. Estos han contado además con páginas web donde historizan el conflicto, ponen a circular sus ideas y justifican su accionar, enmarcándolo en el debate sobre derechos humanos, sociales y políticos (FARC: www.farc-ep.co; ELN: www.eln-voces.com; AUC: www.colombialibre.org).

Nacional de Memoria Histórica, 2009a). Sin embargo, la emergencia de los testimonios de las víctimas ha sido posible gracias al marco discursivo instaurado por los procesos de negociación con algunos actores armados ilegales (como las AUC y, ahora, las FARC) y por la generación de leyes como la 975 de 2005 (o de Justicia y Paz) y la 1448 de 2011 (o de Víctimas y Restitución de Tierras). El surgimiento de estas leyes estableció una discontinuidad histórica que dio paso a la producción de “un cúmulo de lenguajes, símbolos y conceptos que han ido configurando el pasado reciente del conflicto armado colombiano” (Corena y Maldonado, 2016, p. 14).³ Ese marco propició las condiciones para reclamar la presencia de los testimonios de las víctimas, sobre todo porque podían interpelar o contradecir los discursos con los que actores armados estaban justificando los actos de violencia.

Esto explica la proliferación de producción académica sobre historia o memoria del conflicto: la aparición de los informes de entidades como el Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2009a; 2009b; 2011; 2013), luego Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2013); el crecimiento de la producción artística asociada a los hechos victimizantes (Simon, 2014; Ortega 2016); y la aparición de un mayor número de iniciativas de construcción de memoria, impulsadas por testigos-sobrevivientes en territorios donde la guerra se ha expresado con más fuerza (GMH, 2009b).

Así, aunque con la Ley 975 “no se logró insertar la verdad y la reparación como acciones contundentes” (Corena y Maldonado, 2016, p. 15) —porque los comandantes paramilitares en sus “versiones libres” se definieron como “mártires” o “patriotas” que procuraba defender a la Nación—, es innegable que con el surgimiento e implementación de esta ley, se generó una nueva lógica en la puesta en circulación de los discursos sobre el conflicto armado colombiano. Además, particularmente con la Ley 1448 se dio entrada al testimonio de las víctimas como un vehículo relevante de la memoria. Ello favoreció el surgimiento de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) en 2005 y la institucionalización en 2011 del CNMH —antes Grupo de Memoria Histórica—, entidad comprometida con la reconstrucción y puesta en circulación de lo acon-

³ En términos de Corena y Maldonado (2016) estas leyes se establecieron como *discontinuidades históricas*, es decir, como “momentos de ruptura entre el lenguaje y las realidades que se nombran”. Para ellos “una discontinuidad histórica opera sobre la premisa de que la historia, en cuanto proceso, no se funda solo en la secuencia de enunciados, ni en la unidad de sentido, sino también, en la idea de que la ruptura y la transformación social, contienen los elementos que nuclean toda relación con el pasado” (Corena y Maldonado, 2016, p. 14).

tecido en el marco del conflicto armado colombiano, dando prioridad a la voz de las víctimas.

Ahora bien, el ingreso de los testimonios de las víctimas al espacio de lo público es un avance notable, no sólo por los alcances judiciales que esto haya podido tener, sino también porque ha dado la posibilidad a la población general del país de conocer las difíciles experiencias vividas por miles de personas en el contexto del conflicto armado (CNMH, 2013). No obstante, es importante tener presente que se está frente a un proceso cargado de múltiples tensiones y complejidades, en especial porque el conflicto armado continúa en varias zonas del país (por lo que se habla de coincidencia de conflicto y posconflicto) y porque es difícil adelantar procesos de justicia y reparación cuando aún no se tienen las condiciones o no se observa una voluntad política para hacerlo.

En la subregión de los Montes de María, como se verá en el desarrollo de este artículo, esta complejidad también está presente. Varios integrantes de las organizaciones o colectivos que participaron en las mesas subregionales de metodologías participativas y en los talleres de narrativas, señalaron tensiones entre la forma en que aparecen sus voces en las narrativas construidas por entidades que han liderado iniciativas de la memoria en el territorio, los modos como ellos/ellas quieren narrar su experiencia y, sobre todo, los usos que consideran deberían tener sus memorias. También hicieron alusión a que existen rupturas entre lo que se debe contar para esclarecer los hechos ocurridos en el marco del conflicto y lo que se puede contar por motivos de seguridad, esto aunque sean conscientes de la necesidad de contribuir a una memoria de la violencia que integre más versiones. De hecho, algunos afirmaron que en varios de los municipios de la subregión hay presencia de grupos armados ilegales (aunque ya no usen etiquetas que los identifiquen) o persisten redes de poder heredadas de los períodos más álgidos de la violencia. Esto, desde su interpretación, dificulta la emergencia de testimonios que pueden permitir completar o incluso resignificar los que ya están en circulación.

Por otro lado, y esto también es determinante, si bien en la subregión de los Montes de María actuaron tanto grupos guerrilleros como paramilitares, en los distintos períodos del conflicto estos tuvieron control diferenciado en los 15 municipios que la conforman. De hecho, en la propia subregión se llegó a estigmatizar a algunas poblaciones señalándolas como “guerrilleras” y a otras como “paramilitares”, dependiendo del grado de injerencia que tuvieron los grupos armados ilegales en ellas. Es comprensible que, en medio de una situación tan compleja, los habitantes asumieran (o tuvieran que asumir) posiciones y actitudes asociadas

a las demandas de los actores armados presentes en sus territorios y eso, evidentemente, tiene consecuencias en las formas en que recuerdan el conflicto y entienden sus impactos.

Lo anterior sugiere que cuando se habla del discurso de las víctimas tampoco se está frente a una voz homogénea que represente de forma unívoca ni a los actores armados, ni al desarrollo del conflicto o sus consecuencias. Pero también hace evidente que, si se quiere construir una memoria polifónica del conflicto, es necesario que los testigos-sobrevivientes pongan a circular sus versiones de los hechos articulándolas a lo que consideran importante posicionar discursivamente. Todo ello, en definitiva, nos regresa a la idea de que la memoria es un escenario de disputas (Jelin, 2002).

A continuación, se explora esta idea de la memoria como un escenario de disputas a partir de los intereses y preocupaciones expresados por líderes (y lideresas) de organizaciones territoriales que participaron en los tres talleres de narrativas realizados en los municipios de Tolú Viejo, San Juan y Ovejas.⁴ La reflexión permite mostrar que las organizaciones y colectivos consideran que los trabajos de la memoria deben inscribirse en los intereses más amplios de reclamación de derechos en el territorio y que además deben responder a las características culturales territoriales.

II. TALLERES DE NARRATIVA: OBJETIVOS INICIALES, MOTIVACIONES Y REFLEXIONES⁵

En los últimos años, diversas universidades, organizaciones no gubernamentales (ONG), iglesias, fundaciones y entidades estatales han liderado iniciativas de memoria en Montes de María para contribuir a la reconstrucción de la memoria del conflicto armado, así como a la puesta en circulación de las voces de las víc-

⁴ En distintas reuniones, los colectivos nos exigían el uso de un léxico inclusivo. Cuando alguien se refería a “los líderes” el grupo pedía de inmediato que se mencionara a “las lideresas”, señalando que no podíamos contribuir a la invisibilización de las mujeres al interior de los procesos. En este artículo procuraremos utilizar marcas lingüísticas que evidencien la participación de las mujeres en estos espacios. Sin embargo, las veces en las que se utilice expresiones como “los líderes” queda claro que también se incluyen a las lideresas.

⁵ Los talleres estuvieron alimentados por las conversaciones entre Cielo Puello, Karen Cueto, John Padilla y Elsa Garzón (del Grupo de Regional de Memoria de la UTB) y un conjunto heterogéneo de representantes de organizaciones y colectivos de la subregión de los Montes de María. En ese sentido, se puede decir que las reflexiones son realizadas desde una voz colectiva.

timas.⁶ Pero también algunas organizaciones de víctimas o colectivos propios del territorio montemariano están apostando a generar una memoria del conflicto desde su propia mirada.

El trabajo del Colectivo de Comunicaciones Línea 21, en el Carmen de Bolívar, es una muestra de ello; así como la labor adelantada por la Asociación para la Vida Digna y Solidaria (ASVIDAS) (con el colectivo Tejiendo sueños y sabores de Paz, de Mampuján-María La Baja) o por la Red de Mujeres Narrar para Vivir, adscrita a la Red de Desarrollo y Paz de los Montes de María. Las iniciativas lideradas por estos colectivos (especialmente por Línea 21) han llegado a conocerse en el contexto local, regional y nacional, dejando ver que desde Montes de María se está trabajando en el posicionamiento de los testimonios de las víctimas, desde una perspectiva territorial.

Aunque menos conocidas, en la subregión existen otras iniciativas que están ayudando a reconstruir la memoria del conflicto desde adentro, como las impulsadas por el Grupo de Investigación en Historia Oral de la Escuela Normal Superior (GIHO), en San Juan Nepomuceno; la Asociación Campesina de Víctimas de Chengue, en Ovejas; la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia (ANMUCIC) y Asoplayón, en María la Baja; los Jóvenes Provocadores de Paz de la Alta Montaña, en Carmen de Bolívar; o la Mesa de Participación de Víctimas de Zambrano.

Salvo en el caso de GIHO, las iniciativas de memoria de estos colectivos no tienen registros perdurables. Algunas consistieron en ollas comunitarias donde se conversaba alrededor de lo vivido, obras de teatro pensadas para el público de las escuelas en las que se buscaba simbólicamente acercar a niños y adolescentes a lo experimentado en el conflicto, charlas alrededor de dibujos sobre agresiones invisibilizadas —como la violencia sexual—, conmemoraciones de fechas importantes para algunas comunidades pues remitían a las experiencias de desplazamiento o de retorno a las poblaciones, así como a festividades que se realizaban antes de la incursión de los grupos armados (Vanegas y Hernández, 2017). Estas iniciativas, espontáneas y a veces efímeras, respondían a la necesidad de reconstruir lo vivido y darlo a conocer al interior de las propias comunidades, en aras de dignificarlas y

⁶ El trabajo del GMH (2009a, 2009b, 2011, 2013) es un ejemplo de esto. Investigaciones como las de Ardila y Sierra (2014), de la Pedagógica; Jiménez (2016) del Atlántico o Zúñiga (2016) de la Tadeo Lozano, son ejemplo del trabajo desde universidades, así como el proyecto de la UTB. El Observatorio de Cultura Política, Paz, Convivencia y Desarrollo de los Montes de María (2010 y 2011), y Daniels y Múnera (2010) de la Universidad de Cartagena también ha contribuido.

alertar sobre la necesidad de no repetición. Dada su naturaleza, muchas de ellas son desconocidas por públicos más amplios, incluso en los 15 municipios de la subregión.

Lo cierto es que los textos sobre memoria del conflicto en los Montes de María que han conseguido mayor circulación han sido producidos por actores externos a las comunidades. Y si bien han contribuido a hacer visible, en contextos académicos o judiciales, la voz de quienes han sufrido la violencia, también es cierto que dicha producción ha sido resultado de procesos de mediación que implicaron organizar los testimonios de las víctimas y darles sentido dentro de unas lógicas particulares. De hecho, informes, artículos, reportajes, tesis, etc., tienen requerimientos formales específicos que sitúan dichos testimonios dentro de un marco interpretativo que no necesariamente es propuesto por quienes los dieron. Además, cuando se escribe por otro, cuando se da voz a otro a través de un escrito, se toman decisiones sobre qué se cuenta o no, sobre lo que se enfatiza o se omite. También es probable que esas decisiones no partan de un diálogo con ese otro por quien se está hablando.

Este panorama hizo que el Grupo Regional de Memoria Histórica de la UTB considerara la apertura de un espacio de reflexión sobre narrativas de la memoria en el proyecto de “Fortalecimiento de las bases y las capacidades territoriales para la reconstrucción participativa de la memoria histórica del conflicto armado en los Montes de María”. Por ello, se incluyeron en ese proyecto tres talleres de narrativas en el componente de “Innovación metodológica participativa para la formación y el trabajo en red de gestores e iniciativas locales de memoria histórica en Montes de María”.

Estos espacios fueron pensados como parte de una estrategia de fortalecimiento de los procesos que, en materia de reconstrucción de la memoria, están adelantando las organizaciones y colectivos que trabajan en pro de restaurar los derechos de las víctimas en el territorio montemariano desde adentro. Inicialmente, buscaban fortalecer el desarrollo de habilidades de escritura para que, de ese modo, los participantes pudieran llevar al registro escrito sus narrativas de la memoria alrededor del conflicto. Partíamos de que organizaciones y colectivos estaban interesados en registrar por medio de la escritura sus memorias. Por ello, esperábamos que al finalizar los talleres, contáramos con una serie de textos resultantes de ejercicios prácticos de escritura, que nos servirían como referentes para elaborar recomendaciones que fortalecieran las capacidades territoriales y modalidades propias de narración, en clave de memoria.

Como se señaló antes, estos tres talleres fueron precedidos por cinco “mesas subregionales de metodologías participativas” en las que se exploraron las concepciones que líderes y lideresas de organizaciones y colectivos territoriales tenían sobre el trabajo que se ha adelantado en la subregión sobre memoria. Pero, sobre todo, tenían como fin construir colectivamente unas posibles herramientas metodológicas que permitieran la reconstrucción de la memoria del conflicto, sin perder de vista las particularidades culturales e identitarias de Montes de María. El contacto con las organizaciones en estas mesas hizo replantear los objetivos iniciales de los talleres, así como algunos de sus presupuestos.

Una de las ideas expresadas de forma recurrente por quienes participaron en las mesas subregionales fue que un ejercicio de construcción de memoria en Montes de María debe responder a las necesidades del territorio, y que eso implicaba dar prioridad a elementos que son importantes para los montemarianos, tales como sus prácticas culturales. En diálogo con esto, aparecía como problemático que en las narrativas de mayor circulación tanto la subregión como sus habitantes fueran asociados, indefectiblemente, a eventos violentos. Desde la perspectiva de los participantes en las mesas, esto dificulta visibilizar las fortalezas desarrolladas desde el territorio para responder a la situación de violencia generada por los actores armados. Por ello, en distintos momentos plantearon la necesidad de hacer visibles “memorias positivas” de los Montes de María: memorias que no necesariamente se ligaban a experiencias dolorosas, como señaló uno de los líderes de Chengue, Ovejas: “Chengue es mucho más que la masacre”.

Estas preocupaciones dejaban ver la importancia de profundizar en la reflexión colectiva sobre el propio ejercicio de elaborar narrativas de la memoria, sus implicaciones y las apuestas que líderes y lideresas consideraban centrales para su realización. Así, en la planeación de los talleres cobraron centralidad los interrogantes: ¿Cómo comprenden las víctimas el ejercicio de hacer memoria? ¿Qué quieren narrar y cómo quieren hacerlo? ¿Qué han reflexionado sobre los trabajos de la memoria del conflicto armado en su territorio? ¿Cómo evalúan las formas en que aparecen sus discursos en el tejido más amplio sobre la memoria del conflicto en la subregión? ¿A qué intereses y necesidades colectivas ligan el ejercicio de hacer memoria? Tener presente estas preguntas además ayudaba a reafirmar a las víctimas como sujetos discursivamente conscientes y con agendas articuladas a necesidades y aspiraciones individuales y colectivas.

Por otro lado, al indagar sobre los ejercicios de memoria que han tenido lugar en municipios, corregimientos o veredas de la subregión, los participantes de las mesas señalaron experiencias en las que los registros privilegiados estaban en los

terrenos de lo oral, pictórico e, incluso, escénico. La mayoría de ejercicios realizados involucraban la creación de murales, dibujos, canciones, tejidos y obras de teatro, salvo en dos casos donde se señaló como clave la escritura (el libro que recoge la experiencia de la sábana de los sueños en la vereda La Pelona, San Onofre, y la revista GIHO en San Juan). Ello evidenció que, aunque para nosotros resultaba importante dar prioridad a la escritura, esta no ha sido un elemento central en la mayoría de iniciativas convocadas, en especial porque venían trabajando para una audiencia propia del territorio, más familiarizada con otro tipo de registros. Aunque no descartaban la importancia de la escritura, sí se pensaba en receptores externos al territorio, como luego se reafirmó en el taller de narrativa realizado en San Juan el 11 de marzo de 2017.

El desarrollo de los talleres debía partir del diálogo constante entre nuestros presupuestos y las preocupaciones expresadas por los participantes. De hecho, como nos interesaba enriquecer la reflexión sobre narrativas de la memoria en el territorio y hacerle seguimiento a los propósitos de quienes estaban participando de los procesos, era importante pensar los talleres como espacios abiertos que no necesariamente debían enfatizar en la escritura. Entonces, replanteamos sus objetivos de la siguiente forma:

- Configurar, de forma colectiva, una reflexión sobre el ejercicio de narrar la memoria en el contexto montemariano, partiendo de los intereses y preocupaciones expresados por líderes y lideresas de las organizaciones territoriales.
- Determinar qué temas aparecen como relevantes y ameritan ser narrados y qué impactos espera generarse.
- Contribuir a la construcción de relatos iniciales que pudieran dar referentes generales sobre las capacidades instaladas en el territorio en materia de narración y generación de narrativas de la memoria.

III. METODOLOGÍA: UNA RUTA DE APRENDIZAJES

Para la realización de los talleres, fueron convocadas organizaciones y colectivos que habían estado presentes en las mesas subregionales de metodologías participativas. Esto permitía involucrar a líderes que ya conocían los trabajos de la memoria en sus comunidades y podrían enriquecer la reflexión que se procuraba ahora construir partiendo de los objetivos e interrogantes.

Cada taller empezó con ejercicios de relajación, reconocimiento del espacio y de la presencia de los otros, con el fin de generar una dinámica de confianza y de disposición a la escucha. Esto era importante porque los/las asistentes provenían de distintas veredas o cabeceras municipales y muchos no habían interactuado de forma sostenida antes. De hecho, aunque algunos pertenecían al mismo municipio, se conocieron en el marco de las mesas.

Además, el equipo que llevó a cabo el taller estaba conformado por personas externas al territorio, que no han experimentado de forma directa la violencia del conflicto y estaban pidiendo, en nombre de una universidad, que reflexionaran sobre cómo se ha construido memoria sobre una realidad tan sensible como la violencia en el marco del conflicto, lo que de forma inevitable les iba a llevar a explorar memorias individuales y colectivas que podrían ser dolorosas. Todo esto sin que ellos tuvieran certeza de que el ejercicio los beneficiaría del mismo modo en que probablemente nos podría beneficiar a nosotros. De hecho, en distintos momentos de los talleres, señalaron que otras universidades han entrado al territorio a extraer información sin devolverla a las comunidades, lo que mostraba su intención de hacer visibles cierta desconfianza y prevención con el trabajo propuesto.

En un segundo momento se abrió espacio a un ejercicio de creación en el que se invitaba a cada participante a producir un texto (oral o escrito) con el que debía presentarse al resto del grupo, mostrar sus prioridades, sus características o explicando la razón por la que se encontraba en el taller. Para ello se partió de la asociación del nombre de cada uno con cualidades, espacios, labores, sabores, personas, etc., con los que se sintieran identificados. Este ejercicio procuraba seguir contribuyendo al acercamiento entre los/las asistentes y el equipo.

Luego se dio espacio a la reflexión colectiva. Esta se dinamizó a través de un conjunto de interrogantes que apuntaban a rastrear las concepciones de los asistentes sobre las narrativas de la memoria, la importancia que les otorgaban, los temas que consideraban relevantes y las características que esperaban que tuviesen los textos que produjeran, de acuerdo con los impactos que querían generar en sus posibles receptores. Esto lo hicieron primero interactuando en grupos intermunicipales y luego en grupos del propio municipio.

Dichos interrogantes fueron construidos tomando como referencia la guía para trabajar narrativas con comunidades, propuesta por Franco, *et al.* (2010, pp. 82-83). No se asumieron todos los pasos propuestos por los autores, pero su trabajo fue una herramienta orientadora para dinamizar los talleres con los colectivos, sobre todo porque parte de reconocer que quienes se vinculan a este tipo de

procesos tienen intereses y concepciones que no necesariamente se compaginan con los de quienes investigan o actúan como mediadores.

Los interrogantes fueron organizados en tres grupos. El primero buscaba rastrear cómo definían los participantes la narración, qué importancia le daban a esta en el marco de procesos de la memoria y a quiénes asumían como receptores ideales. Las preguntas eran: ¿Qué es narrar? ¿Por qué es importante que lo hagamos? ¿Para quienes narramos? ¿Para nosotros (en la comunidad)? ¿Para los demás (fuera de ella)? El segundo grupo se propuso para dilucidar qué consideraban digno de ser narrado y desde qué voces querían hacerlo. Aquí estaban las preguntas: ¿En qué se basan nuestras narraciones? ¿En experiencias propias? ¿En experiencias vividas por la comunidad en general? ¿En historias de personas que han sido importantes para la comunidad? Y, finalmente, el tercero buscaba generar una lista inicial de temas concretos que a juicio de los participantes no se habían narrado en el territorio, así como de las características que consideraban debían tener estas narraciones. Al mismo tiempo, se procuraba bosquejar una periodización inicial que dejara ver en qué momento de la historia de la comunidad consideraban importante centrarse. Aquí aparecían los interrogantes; ¿Qué vamos a narrar? ¿En qué momentos se sitúan nuestras narraciones? ¿Cómo deben ser esas narraciones?

Esta exploración de los conocimientos e intereses también propendía por mantener una interacción horizontal con los líderes y lideresas, en la que se reconociera su capacidad propositiva y creativa.

Como se mencionó antes, la reflexión colectiva se realizó en dos momentos diferentes. Uno alrededor de las preguntas contenidas en los dos primeros grupos y allí los participantes se organizaron en colectivos intermunicipales, de forma aleatoria. Y otro en torno al tercer grupo de interrogantes, para ello se organizaron en equipos según su municipio de procedencia. Entre un momento y otro, se realizaron ejercicios de exploración de la memoria individual para generar narrativas, partiendo, primero, de la oralidad y, posteriormente, de la escritura. Esto favoreció la producción de relatos, pues los participantes se desenvuelven con mucha más facilidad en los formatos orales.

Las narrativas resultantes de estos ejercicios se compartieron y se abrió un espacio para discutir sobre sus alcances y posibilidades de diálogo con memorias colectivas. Es decir, se conversó abiertamente sobre las posibles relaciones entre las vivencias que los participantes registraban como individuales con experiencias similares experimentadas por otros en sus propios municipios, en los municipios de donde provenían los demás asistentes o en la subregión de Montes de María,

en general. En algunos casos encontraron puntos de encuentro y reflexionaron sobre cómo algunas experiencias podían comprenderse partiendo del entrecruzamiento de las historias individuales. Esto pasó con relatos asociados a las “vivencias campesinas” previas a la intensificación del conflicto, a experiencias ligadas al desplazamiento forzado o las difíciles condiciones para acceder a educación y salud en muchas de las veredas y corregimientos de la subregión.

En el taller llevado a cabo en Tolú Viejo, la dinámica permitió producir versiones iniciales de narrativas colectivas, centradas en los casos de ejecuciones extrajudiciales de población civil que también se dieron en la subregión (conocidas como “falsos positivos”) o en las formas de reclutamiento de jóvenes implementadas por los grupos paramilitares. En Ovejas y San Juan, por su parte, los momentos de reflexión alrededor de los interrogantes ocuparon más tiempo que los de producción de textos de forma colectiva. Sin embargo, los tres encuentros arrojaron información sobre: 1) las particularidades culturales de la subregión en materia de narración y la existencia de agendas delimitadas sobre lo que se quiere narrar desde las comunidades; 2) las dificultades que identifican colectivamente para construir esas narrativas; y 3) el estado de las iniciativas de memoria desarrolladas en el territorio.

En los siguientes apartados se abordarán estos puntos. En ocasiones se incluyen o se hace referencia a relatos resultantes de la experiencia en los talleres, relatos que no podrían analizarse como productos escritos acabados ni tampoco como portadores de la verdad (única e incuestionable) sobre el conflicto en los nueve municipios con los que se trabajó, pero que dan pistas sobre cómo quienes participaron en los talleres entienden las narrativas de la memoria en su contexto.

IV. LAS NARRATIVAS DE LA MEMORIA: UNA ELABORACIÓN SUBJETIVA CON IMPACTOS POLÍTICOS

La narración puede definirse como “la representación de acontecimientos, reales o ficticios, en una secuencia temporal, es decir, uno detrás del otro en una línea de tiempo” (Reyes, 2003, p. 98). Pero cuando se piensa en la narración con relación a la memoria se da entrada al concepto de “elaboración subjetiva”, pues quien narra presenta los acontecimientos del pasado respondiendo a la forma en que les ha dado un sentido, los ha elaborado, y no —como podría pensarse— al interior de una secuencia lineal de tiempo desligada de una interpretación (Pini-

lla, 2011). Por ello, al hablar de “narrativas de la memoria” se hace referencia a las narraciones que son resultado de un trabajo de la memoria, es decir, de un proceso de “elaboración de sentido y de transformación simbólica del pasado” (Jelin, 2002, p. 14). Esto “no se refiere a la repetición ni al olvido, sino a la reelaboración del pasado para encontrar caminos hacia el futuro” (*Ibid.*, p. 15).

Si relacionamos lo anterior con los trabajos de la memoria en Montes de María, regresamos a la idea de que los relatos, historias de vida, anécdotas, chistes, décimas, canciones, y otras representaciones, que sitúan la experiencia de conflicto en la subregión, están poniendo a circular interpretaciones de la misma. En ese sentido, si bien no recogen una versión última y definitiva de lo acontecido, sí aportan al entramado discursivo que permitirá comprender mejor la complejidad del conflicto armado en la subregión. Además, al provenir de testigos-sobrevivientes tienen mucha relevancia, pues nos permiten humanizar la experiencia de la guerra y generar reflexiones más informadas alrededor de ella. A propósito de esto, uno de los asistentes al taller de San Juan señalaba que:

A través de las narraciones se genera una opinión, se pone un punto de vista o se generan verdades. No hay verdades absolutas. Cuando se cuenta lo que ha sucedido se está contando unas verdades, pero el Estado también tiene [las suyas]. Se trata de generar esas reflexiones, que cada uno tenga y exprese su punto de vista a través de esas narraciones (Participante del taller, San Juan, 12 de marzo de 2017)

No en vano quienes reflexionan teóricamente sobre la importancia de generar narrativas de la memoria en contextos de guerra insisten en que estas, además de permitirle conocer la verdad a quienes la desconocen, reafirman la dignidad de quienes han sido violentados, abren la posibilidad de sanar, facilitan la reparación y dan las herramientas para poner a actuar a la justicia y garantizar la no repetición (GMH, 2009a, 2013; Franco, *et al.*, 2010; Blair, 2008).

Si bien los testimonios de las víctimas posicionan sus voces y dan cuenta de su interpretación de la experiencia del conflicto, también están mediadas por factores no controlados que pueden generar silencios. En algunos casos, como lo explica Jelin (2002), los silencios surgen cuando existe un peligro objetivo que pone en riesgo la vida, no hay una disposición a la escucha debido a las tensiones en el contexto social, o si hacer memoria de lo vivido pone en riesgo un tejido social que está reconstruyendo o amenaza la propia proyección hacia el futuro.

Siempre habrá otras historias, otras memorias e interpretaciones alternativas, en la resistencia, en el mundo privado, en las “catacumbas”. Hay una lucha política activa acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido de la memoria misma. El espacio de la memoria es entonces un espacio de lucha política, y no pocas veces esta lucha es concebida en términos de la lucha “contra el olvido”: recordar para no repetir [...] (Jelin, 2002, citado por Pinilla Díaz, 2011, pp. 19-20).

Quienes realizan trabajos de la memoria no sólo recuerdan lo vivido, sino que además lo interpretan, y en esas interpretaciones hacen visibles elementos que para otros actores son poco importantes o peligrosos, al tiempo que dejan por fuera experiencias que serían relevantes desde la mirada de unos terceros. Lo complejo de esto es que las representaciones del pasado circulan plegándose a lógicas del poder y, finalmente, construyen miradas sobre los sujetos que recuerdan y sobre quienes participan en las narrativas. Es decir, el ejercicio de interpretar subjetiva o intersubjetivamente el pasado y poner a circular esas interpretaciones tiene impactos reales en el mundo concreto, posibilitando o legitimando prácticas sociales, formas de autodefinirse y de definir al otro o a las propias lógicas del poder. Esto, en definitiva, recuerda que el discurso va más allá del plano lingüístico, pasa por la experiencia social reproduciéndola o cuestionándola (van Dijk, 1994).

Las narrativas que circulan en el país sobre los Montes de María son incompletas, porque hacen énfasis en los acontecimientos dolorosos y dejan por fuera un amplio abanico de experiencias que evitarían que se les entienda a los habitantes del territorio solamente como víctimas. En otras palabras, las narrativas dominantes dejan por fuera la capacidad propositiva y de resiliencia que existe en el territorio, así como una variedad de referentes culturales que ayudan a construir definiciones identitarias. Entonces, para quienes participaron de los talleres, generar narrativas de la memoria en la subregión no implica eludir las experiencias de la violencia sino de completar la mirada, sumando memorias que van más allá de esta. Dichas preocupaciones se observaron en el primer momento de la reflexión colectiva, a propósito de las preguntas qué es narrar y por qué es importante:

Narrar es contar, decir y expresar las diferentes situaciones. Las negativas y positivas porque no todo es malo. Hay experiencias que son buenas, pero también hay unas que son dolorosas. Narrar sería relatar todos los acontecimientos que han sucedido a lo largo de nuestra convivencia (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero).

Narrar es generar conocimiento, identidad e historia a nivel colectivo e individual. Generar un legado. Lo que no está [plasmado en narrativas] no existió y lo que está sí existe” (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero).

Al mismo tiempo, [narrar] da la posibilidad de reconocerse en el otro y considerarse parte de un colectivo: “Narrar permite sentirse acompañado, en un colectivo. Aliviarse” (Participante del taller, Ovejas, 11 de marzo).

A. La importancia de las narrativas de la memoria

La experiencia en los talleres deja ver que narrar aparece como una práctica cultural relevante y significativa en el territorio montemariano. En sus intervenciones, líderes y lideresas incluían casi siempre una narración, ya sea para ejemplificar, contradecir o argumentar una postura. Las reflexiones sobre la realidad de las comunidades y el territorio, o incluso sobre el propio ejercicio narrativo, se sostenían a través de relatos —cortos o extenso— que eran recibidos, ampliados o interpelados por los demás integrantes del grupo.

Por ejemplo, al conversar sobre la importancia de narrar, en los tres talleres surgió un debate alrededor de si este ejercicio permitía o no la sanación de quien había sido victimado. Si bien, en términos generales, coincidieron en que contribuye a sobrellevar el duelo, varios hicieron énfasis en que la elaboración de narrativas de la memoria debe venir acompañada de una asistencia psicosocial efectiva y, sobre todo, del esclarecimiento de la verdad, para poder ayudar a sanar realmente. En ese debate, las narraciones funcionaron como estrategias argumentativas que permitieron sostener premisas que no aparecían necesariamente de forma explícita en lo enunciado. Una de las asistentes al taller de Tolú Viejo afirmaba que:

Ahora narrar nos sana, pero como yo le digo [...] lo que dice usted de las personas que mantienen todavía los recuerdos [...] Yo viví historias. Yo tengo una historia que me marcó. Y todavía con el poco de años que tengo encima no he podido olvidar un suceso. Yo he podido olvidar otros sucesos que los vi hasta de pronto más dolorosos, pero este suceso todavía no. Yo digo que ese suceso me ha marcado tanto porque todavía no se le ha dado una explicación. No se le ha dado una veracidad al hecho. Porque matan a una persona y no sabemos por qué la mataron y ya pasaron un poco de años. Eso ha permitido estar como en mí, porque yo tengo como que la ansiedad o, no sé, la inquietud de saber por qué ese tiro atravesó esa cabeza. Porque dicen, “a ti te matan porque estás con los paras”, “a ti te matan porque estás con la guerrilla”, “a ti te matan porque eras mensajero”, pero es que a esa persona no se le escuchó ningún lamento.

Y yo no sé si es que eso es lo que me ha mantenido allí, querer descubrir por qué esa bala atravesó esa cabeza o no sé si me marcó o me dolió tanto esa muerte y por eso la llevo allí guardada. Y a veces recordar la historia y saber que llevo ahí trata de descontrolarme porque todavía la susceptibilidad me la mueve. Yo cuento lo que me pasó hace rato, pero cuando llego allí, mi susceptibilidad se mueve. Y no era una persona de mi familia, era una persona de la comunidad [...] Aunque eso no me impide vivir porque solamente siento eso cuando recuerdo ese hecho, pero mientras tanto mi vida es normal (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero).

En este caso puntual aparece la idea de que el ejercicio de narrar por sí mismo no genera superación de la experiencia dolorosa. Para la narradora es necesario el esclarecimiento de la verdad, que después de tantos años no ha tenido lugar. De hecho, en la conversación grupal una de las asistentes la interpeló preguntándole si esto que contaba lo había “sacado” antes a través de otro tipo de formatos (pintura, dibujo, escritura, etc.), o si lo había contado a más personas, porque desde su lectura, narrar el evento podría generarle sanación. Esta fue la respuesta:

Nosotros trabajamos con otras entidades, con otros grupos y contamos. Justo estuvimos con gente de [...] y hacíamos la línea de tiempo. Y después que terminamos la línea de tiempo la doctora me cogió y empezó a hablarme y a hablarme y a hablarme. Y yo me siento bien. O sea, yo salgo del *shock*. Yo sí siento que salgo del *shock*, o sea después se me pasa.

Nosotros no somos enfermos, sino que hay algo de susceptibilidad que no hemos podido dominar de nuestro ser, somos seres humanos y tenemos sentimientos [...] Cuando pasó eso yo tenía 19 años, hoy tengo 42. Y de pronto yo me he condenado a ese sentimiento. Pero de pronto yo también pienso, yo también psicológicamente me trabajo. Yo lo viví de frente, quienes llegaron después lo vivieron de otra manera. Y la forma en como yo lo tomé, yo digo que a veces esas son las cuestiones que uno se ata, se ata a ellas (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero).

La respuesta deja ver que efectivamente ha narrado antes la historia, en especial en el marco de procesos liderados por entidades que están realizando trabajos de la memoria en el territorio. Sin embargo, el ejercicio en sí mismo no necesariamente generó una superación del hecho doloroso. Esta intervención conllevó a una reflexión sobre el impacto que está teniendo el trabajo sobre memoria del

conflicto realizado por las entidades que llegan al territorio. Los participantes insistieron en que la exploración de los hechos dolorosos vividos en el conflicto armado requiere de un acompañamiento psicosocial sostenido en el tiempo, para que efectivamente se puedan proporcionar herramientas que permitan elaborar los duelos necesarios.

Por otro lado, insistieron en que la generación de narrativas de la memoria debe ir de la mano con una posibilidad de generar transformaciones, tanto de las representaciones que se hace de la región y de sus pobladores, como de las condiciones sociales y políticas en las que se esta se encuentra. En el taller de Ovejas una de las asistentes contaba:

Nosotros aquí cargamos con el estigma de ser guerrilleros. Uno salía del pueblo y si decía que era de Ovejas enseguida lo tildaban de guerrillero. A mí nunca me dio vergüenza decir que era de Ovejas. Hace un montón de años estaba yo en Bogotá y tomé un taxi. El conductor era de acá, de la región, yo me di cuenta por el acento. Me preguntó que de donde era yo. Le dije que de Ovejas y me contestó enseguida: ¡Ah, entonces eres guerrillera! Yo me quedé fría, me quedé fría, pero él también era de un municipio de Montes de María donde estaban los paramilitares entonces yo le dije: ¡Entonces usted es paraco! Por eso digo que si nosotros contamos la historia y no sólo hablamos de la violencia vamos a romper esos estigmas que pesan sobre los montemarianos (Participante del taller, Ovejas, 11 de marzo).

En Tolú Viejo otro de los asistentes hacía énfasis en la importancia de conectar las narrativas con las necesidades del contexto actual, en especial porque es necesario dar herramientas a los jóvenes para que perciban el territorio como propio y conecten sus aspiraciones personales a las necesidades del mismo:

También queremos narrar para generar arraigo a una identidad. Nosotros los jóvenes creemos que aquel que es campesino está allá bajo el sol tirando machete, pero el campo no tiene por qué ser sólo materia bruta, sino valor agregado. El campesino puede ser abogado, puede estudiar también en la universidad. El campo necesita ingenieros, médicos [...] de todas las profesiones. Cuando ese casete cambie, cambiará la sociedad. ¿Qué es lo que quiero dar a conocer? ¿Qué es lo que quiero transmitir? Por ello es que es importante conectar lo que pasó con el momento actual y concreto. Como joven yo lo digo: quiero conocer mi pasado, mi presente y establecer mi futuro. Si no reconozco lo que pasó, no puedo provocar lo que será más adelante (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero de 2017).

Precisamente por ello es que consideran que los receptores ideales de las narrativas incluyen tanto a un público local como a uno que esté fuera del territorio: nosotros y los otros. Hay que señalar que estas categorías no son estáticas porque el *nosotros* podía incluir en algunos casos a los pobladores de las veredas y corregimientos de los municipios convocados, o de forma más específica a las nuevas generaciones de esos territorios que desconocen el pasado y necesitan fortalecer su pertenencia al territorio. Mientras que en otros casos *nosotros* hacía referencia a la población de los municipios o de los Montes de María en general. Cuando hacían alusión a *los otros*, podían estar haciendo referencia a la población colombiana en general, pero en otras a quienes direccionan las políticas que son pensadas para el territorio en materia de educación, salud, alimentación y producción e, incluso, a quienes, como el Grupo Regional de Memoria Histórica de la UTB, entran al territorio a investigar sobre memoria. En relación a ese doble destinatario de las narrativas, podríamos poner en diálogo lo señalado por una de las participantes del taller de Tolú Viejo con lo defendido por varios de los participantes del taller de Ovejas. La líder explicaba que con las narrativas se busca:

Generar no indignación pero sí una reflexión y conocimiento de una historia que no está dicha y que se necesita recuperar. La identidad campesina se perdió y lo que debemos hacer es dar elementos para que nuestros hijos quieran estar en el campo. Mi interés es hacia adentro pero también porque se refleja hacia afuera. Porque si no se está cultivando, de qué van a vivir los otros (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero de 2017)

En el caso del taller de Ovejas, varios insistieron en que si no se garantiza que narrando lo sucedido en el marco del conflicto habrá transformaciones estructurales en el territorio (mejoramiento de vías de acceso a corregimientos y veredas, inversión en salud y educación, implementación de proyectos económicos sostenibles, etc.) el ejercicio de generar las narrativas es vano, no tendría sentido alguno. Lo que conecta nuevamente con la complejidad tanto de los fines de las narrativas de la memoria como de la figura de su audiencia ideal.

De todos modos, puede decirse que los talleres evidenciaron que para los colectivos “narrar debe generar reflexión, hacer visibles propuestas, mostrarlos como sujetos de derecho, generar transformación. En definitiva, debería tener una trascendencia política”, como bien resumió uno de los asistentes en el cierre de la reflexión en el taller de Tolú Viejo.

B. Más allá de la violencia: Una periodización tentativa

Otro de los objetivos del proyecto fue ligar los trabajos de la memoria de forma directa a la experiencia del conflicto armado en el territorio. Por ello, en los talleres se esperaba que líderes y lideresas dirigieran sus necesidades de elaborar narrativas a ese momento concreto de su historia regional. Sin embargo, los representantes de los colectivos u organizaciones de los 9 municipios con los que se trabajó, redireccionaron el centro de interés a la hora de pensar narrativas de la memoria sobre y desde el territorio.

En cada uno de los encuentros insistieron en que, si bien no se puede enmascarar la experiencia de violencia, esta última tampoco puede ser el centro definitorio de Montes de María. Por ello, aunque se considera importante abordar los acontecimientos violentos y las dinámicas que estos generaron en el territorio, aparece como más importante pensar la experiencia montemariana como una suerte de *continuum* temporal en el que la violencia está incluida, pero no es el momento definitorio del territorio y de la experiencia vital de sus habitantes.

No sólo se trata de contar lo negativo, sino cómo a través de todas esas cosas negativas nosotros como comunidad, como instituciones, podemos enderezar ese camino. No sólo se trata de victimizarnos o vernos solamente como personas que vivimos esa situación en un momento (Participante del taller, Ovejas, 25 de febrero de 2017).

Esa preocupación por que las narrativas de la memoria atiendan a los eventos previos a la violencia responde a un interés de integrarlas a un relato más amplio que permita explicar por qué aconteció y que además proporcione las herramientas para proyectarse al futuro. Todo ello a partir de una suerte de rescate de lo que es interpretado como valioso en el pasado, a la luz de las necesidades actuales del territorio. Esto permitiría comprender con mayor claridad por qué ocurrieron los hechos victimizantes, ayudaría a rastrear de forma más sistemática los impactos, al tiempo que se haría visible la capacidad de agencia de quienes habitan el territorio (que en definitiva se valieron de distintas estrategias de resistencia).

De hecho, como señala Jelin (2002), la elaboración del pasado, la adjudicación de significados a las experiencias vividas, y su separación del presente, es lo que permite proyectarse a un futuro. Esto entra en diálogo con lo señalado por uno de los asistentes al taller de Tolú Viejo:

Si nosotros vamos a contar las experiencias, vamos a contar lo que pasó y lo que está pasando. También se puede escribir sobre lo que se piensa, se proyecta. Uno de los elementos que queda claro hasta ahora es que en cada narración vamos a tener un momento para proyección. Hacia dónde queremos movernos (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero de 2017)

Desde la perspectiva de los/las participantes, entender los eventos violentos dentro de ese *continuum* temporal permitiría una comprensión más completa de lo acontecido y facilitaría la generación de estrategias que garanticen la no repetición y el acceso a derechos fundamentales y sociales. Como señaló una de las asistentes:

Las narraciones deben partir del antes, de cómo eran las comunidades antes que llegara la violencia. Cómo uno se iba a pie a las fiestas de otro pueblo. Estaba lejos pero como hubiera luna llena uno se iba. Si estaba enamorado el tipo iba. Si era en verano no había problema. Entonces, eso verdad, cómo la gente andaba de un lugar para otro sin temor. No había violencia, había sentido de solidaridad. Ahora no está la violencia de los actores armados sino también la inseguridad. Irse por un camino y ser violada. Toda esa inseguridad la generó la violencia. Porque la violencia fracturó la confianza. A raíz de la violencia se perdió la confianza en las personas que no son de la comunidad (Participante del taller, San Juan, 12 de marzo de 2017).

En el marco de esta reflexión, los participantes propusieron dividir las narrativas en cuatro momentos o tiempos, que en principio fueron enunciados como “antes del conflicto”, “durante el conflicto”, “después del conflicto” y “la proyección”, (un cuarto momento ligado a un tiempo futuro, a la realidad que desean tener). Esta periodización apareció en el taller de Tolú Viejo y alrededor de ella se generó un debate tanto en este taller como en los otros dos. Primero, porque la forma en que se enunciaba seguía poniendo el lente sobre el conflicto, es decir, lo situaba en el centro de la historia montemariana y, segundo, porque no había acuerdos sobre si ese cuarto momento llamado “proyección” constituía en sí otra fase de la periodización o simplemente debía sumarse a cada uno de los relatos que se construyeran.

En Ovejas, por ejemplo, una de las asistentes consideró que el sólo hecho de plantear la periodización en términos de “antes”, “durante” y “después” seguía poniendo en el centro a la violencia, por lo que se negó a asumir esta forma de enun-

ciación, que a su juicio mantenía el estigma sobre los habitantes del territorio. En consonancia con esta, aparecieron varias intervenciones en los tres talleres.

Por esos motivos, finalmente se les denominó como “un primer momento de vivencias campesinas”, “un segundo momento de presencia del conflicto armado”, “un tercer momento de generación de estrategias para resistir y sobrevivir” y, tentativamente, “un cuarto momento del territorio que se sueña”.

Esto último porque para algunos la “proyección” no constituye un cuarto tiempo, sino una estrategia que debe ser integrada en los relatos que se hagan sobre los tres tiempos anteriores. Este debate fue más evidente en el taller de Tolú Viejo:

– Yo creo que hay que proyectar.

– Nosotros sí podemos incluir la proyección, pero en las mismas historias. Tu-
vimos una vida feliz, se nos desbarató, pero la proyección nos ayudó a estar aquí.
Nosotros nos proyectamos sobre lo que estamos viviendo.

– Para poder proyectar debemos incluir en la redacción.

– Yo entiendo que “la seño” vea que es necesario seguir la forma, pero es ne-
cesario que nosotros nos proyectemos porque es la única manera de crearnos un
futuro. El acuerdo de paz nos lleva a proyectarnos, por eso tenemos que tener la
proyección para tener nuestra dirección de vida, como queremos vernos a futuro.

– ¿Cómo queremos nosotros que nos vean a través la narración... como las
víctimas, como los pobres? No. Nosotros somos personas de verriquera que que-
remos echar pa’ lante y que tenemos una visión de progreso, por eso el tema de
la proyección es clave.

El debate resulta valioso porque deja ver nuevamente el componente político que atraviesa la memoria. Narrar el pasado implica una toma de decisiones y cuando se trata de memoria colectiva, esas decisiones no se toman sin luchas. En este caso, se hace evidente que para los asistentes reelaborar el pasado tiene un impacto sobre su presente, pero también debe llevar a pensarse en el futuro pues, de hecho, atender a ese futuro permitió lidiar con las experiencias dolorosas en el pasado.

Gracias a que el debate alrededor del tema fue interesante, en los talleres si-
guientes se presentó la propuesta que había surgido en el taller de Tolú Viejo y, en
especial en San Juan, se reiteró la necesidad de imaginar un futuro:

No se puede descartar la posibilidad de fabular, de imaginar. Narraciones que
imaginamos para pensar un futuro mejor para que se aplique en esa línea de tiem-
po, ¿cómo estábamos? ¿qué nos aconteció alrededor del conflicto? Y luego mirar

lo que habría que hacer para solucionar eso que nos pasó para que no se repita y no se viva esa vida tan amarga que nos aconteció en el país (Participante del taller, San Juan, 12 de marzo de 2017).

Ahora, si bien se trata de situar esta propuesta inicial de los colectivos, es importante señalar que en muchos casos esos momentos propuestos pueden solaparse y que no necesariamente se expresan como bloques unívocos en los que solo ocurrió lo que la etiqueta que los nombra puede mostrar. Por ejemplo, en la mayoría de los casos el “antes” fue definido como un momento idílico al que se debería regresar, un período en el que no había tensiones o dificultades mayores. No obstante, en el taller de San Juan, uno de los líderes pedía al grupo que recordara que precisamente porque existían desigualdades se dieron los primeros conflictos entre la guerrilla y el Estado. También en Tolú Viejo uno de los líderes insistía en que ese “antes” debía relacionarse con el periodo de luchas campesinas por la tierra que trajo reivindicaciones para el campesinado pero que generó descontento entre los terratenientes, situación que desde su mirada dio inicio al conflicto. El tono de estas voces rompía la percepción idílica del pasado y aunque no fueron lo predominante, es importante traerlo a colación para no caer en generalizaciones que terminan reduciendo la complejidad de la situación.

Jelin (2005) explica esta lucha de intereses y significados en los siguientes términos: “La lucha por el sentido del pasado se da en función de la lucha política presente y los proyectos de futuro. Cuando se plantea de manera colectiva, como memoria histórica o como tradición, como proceso de conformación de la cultura y de búsqueda de las raíces de la identidad, el espacio de la memoria se convierte en un espacio de lucha política”.

Todo ello arroja luces sobre la complejidad de realizar trabajos de la memoria desde una metodología participativa. La idea no sería apuntar a la homogenización de las voces, sino a dejar ver sus puntos de encuentro y de divergencia, y a mostrar cómo desde ellos se está apostando a construir proyectos territoriales. Las entidades que están acompañando las iniciativas de memorias tanto en la subregión de Montes de María, como en otras zonas donde el conflicto se experimentó de forma directa, deben tener presente este escenario de disputas, pues ello podría contribuir no sólo a participar de una proliferación de memorias de la violencia, sino también a construir una reflexión sobre las lógicas que median en la elaboración de las mismas y a asumir los retos que implica trabajar con comunidades que también poseen sus propios intereses.

V. HACIA UNA REFLEXIÓN SOBRE CÓMO TRABAJAR LA MEMORIA EN LOS MONTES DE MARÍA

La experiencia en los talleres puso en evidencia que en los Montes de María los trabajos de la memoria han avanzado de forma heterogénea. Nos encontramos con colectivos que de forma sistemática están aportando a la reconstrucción de la memoria del conflicto en sus territorios. Este es el caso del GIHO, concentrado en investigar los impactos que los actos de violencia contra docentes y directivos de la Escuela Normal Superior tuvieron en la comunidad de San Juan, así como sobre la memoria cultural del municipio. Pero también conversamos con otros que no han realizado trabajos de la memoria por miedo a represalias, así como por falta de herramientas para poder hacerlo, como ocurre con Tasajera, vereda del El Guamo, donde en 2006 tuvo lugar una masacre que aún permanece en el silencio.

Por su parte, representantes de otras organizaciones señalaron que el trabajo que han desarrollado ha sido para ayudar a las víctimas a superar sus experiencias y que por ello no han priorizado ejercicios de sistematización detallada de las experiencias. Tal es el caso de la ANMUCIC en María La Baja, que trabaja con víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto y que, si bien ha abierto espacios a charlas sobre el tema partiendo de murales que hacen visible las experiencias vividas, no cuentan con un registro más perdurable de todo el trabajo adelantado en los distintos corregimientos. Mientras, líderes de Tolú Viejo y de algunas veredas de María la Baja afirmaron que han realizado esta tarea con entidades u organizaciones externas a sus comunidades, pero no cuentan ni con informes ni con archivos que les permitan generar una reflexión propia sobre sus experiencias.

Ahora, los/las asistentes recalcaron que, si bien las estrategias pueden ser pensadas en colaboración con entidades externas al territorio, los procesos de reconstrucción de la memoria regional deberían ser liderados por las propias comunidades, sobre todo porque existe una desconfianza debido a que algunas instituciones han recogido testimonios de las víctimas y luego han salido del territorio sin retroalimentar o evidenciar un aporte concreto a las comunidades. Como se señaló antes, en la mayoría de los casos no han dejado ni un registro de la información levantada, lo que para líderes y lideresas es una especie de “robo de las memorias”.

En ese sentido, señalaron que la llamada “lluvia de chalecos” no ha traído beneficios visibles para las comunidades, pues cuando las entidades entregan sus in-

formas a los entes financiadores no regresan al territorio.⁷ En suma, precisamente por la desconfianza muchas personas y organizaciones que podrían compartir experiencias relevantes se abstienen de participar en los procesos. Es por ello que insisten en que es mucho más útil que dejen herramientas que permitan el trabajo autónomo y no que hagan el trabajo que corresponde a las organizaciones y colectivos territoriales.

Así, una propuesta clave para trabajar la memoria en los Montes de María es que esta se base en el trabajo comunitario. Es decir, que sean los líderes y lideresas quienes tengan la posibilidad de ir a terreno, equipados y formados en distintas técnicas de recolección de información. Así sería mucho más sencillo construir una memoria en la que quepan voces que hasta ahora han quedado por fuera.

A. Lo que se debe contar y lo que se puede contar

“Yo quiero contar la verdad, pero también quiero vivir,
tengo mucho por hacer todavía”
(Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero de 2017)

Los asistentes a los talleres fueron enfáticos en señalar que, aunque muchos hechos deberían ser narrados para esclarecer la verdad, encarcelar a los responsables y dar inicio a procesos de reparación, por motivos de seguridad no pueden ser narrados todavía. Según su percepción, quienes estuvieron implicados en muchos de los hechos violentos ocurridos en el pasado reciente, aún cuentan con poder político en la región o están protegidos por grupos armados no identificados que están haciendo presencia en el territorio. Los hechos que puedan ser narrados deben presentarse desde una voz colectiva que proteja a las personas que están contando, es decir, no tendrían por qué atribuirse a individualidades que fácilmente pueden ser identificadas.

Precisamente a Tolú Viejo alguien llevó una publicación de la Fundación Semana en que aparecía un texto que versaba sobre los procesos de reparación adelantados en los municipios de San Onofre y María la Baja. Allí aparecía la

⁷ “Lluvia de chalecos” expresa la presencia constante (e incluso agobiante) de entidades de distinta índole en el territorio. Debido a que cada una cuenta con un uniforme (un chaleco) la presencia de muchas se homologa a la “lluvia”.

fotografía, al parecer no autorizada, de un líder campesino y en el pie de foto se señalaba que trabajaba “por la restitución de tierras”. Una de las asistentes señaló que esto evidenciaba los peligros a los que puede conducir el desconocimiento de las lógicas territoriales, pues se estaba poniendo en riesgo la vida de un líder que, además, no trabajaba dentro de los procesos de restitución de tierras. Lo que deja ver que, cuando se piensa en reconstruir memoria, es clave no perder de vista el contexto y la realidad que experimentan quienes aún habitan en los territorios. A propósito de esto, en el taller de San Juan uno de los asistentes afirmaba que era necesario tener en cuenta que muchas experiencias pueden ser leídas de formas diferentes por miembros de las comunidades:

Esas narraciones deben hacerse con cuidado porque en vez de ayudar puedes revictimizar, hacer otro daño más del que ha ocurrido. Las acciones con daño hay que evitarlas. Porque siempre habrá desacuerdos con las narraciones que hagas, siempre habrá una controversia. Y lo que queremos aquí es que se sepan las verdades de todos lados, pero también exigiendo un blindaje para las personas que hagan esas narrativas (Participante del taller, San Juan, 12 de marzo de 2017).

A juicio de los/las asistentes a los talleres, las redes comunitarias que existen en los municipios, corregimientos y veredas, permitirían recoger la información, pero alertarían sobre lo que es posible contar o no en este contexto. En San Juan, por ejemplo, uno de los asistentes utilizó una narración para evidenciar que aún existía desconfianza en el territorio con instituciones que deberían garantizar el goce de los derechos de los ciudadanos, por lo que es necesario atender a lo que puede o no contarse todavía en el territorio:

Había un pato que tenía una laguna donde había nacido toda su familia, desde sus abuelos. Ahora el pato tenía a su familia en la laguna y entonces llegó un lobo reclamando la laguna y le dijo que esa laguna desde ese día era de él. El pato se negó a dársela por la tradición que tenía la laguna en su familia. Entonces le dijo al lobo que le iba demostrar que había estado en esa laguna desde hace muchos años atrás. Se fue a la Alcaldía a reclamar su laguna y se encontró fue que el vigilante era un lobo, la secretaria con la que iba a hablar era un lobo. Y ese día lo que hubo fue sancocho de pato.

Desconocer estas tensiones, en el peor de los casos puede poner en riesgo la vida de las personas que participan de los procesos; y, en el mejor, fracturar la

confianza entre ellos y las entidades que entran a mediar en el territorio. En relación con esto, una de las participantes del taller de San Juan señalaba que el silencio impuesto es resultado del conflicto y que, si bien debe romperse, esa ruptura solo es posible a través del trabajo sostenido de restauración del tejido comunitario. Eso quiere decir que requiere de tiempo, así como de la generación de condiciones que den garantías y permitan la emergencia de testimonios que no han podido ser contados:

No sólo se tratar de narrar, sino [también de] cómo brindar herramientas. A través de las experiencias se pueden dar herramientas a otras víctimas. Pero desafortunadamente se vive el conflicto. La cultura del silencio es lo que nos ha impactado más. Yo estoy en el grupo de investigación de memoria y nosotros estamos trabajando encaminados a que la ruptura del silencio se dé (Participante del taller, San Juan, 12 de marzo de 2017).

B. Sobre los vehículos de la memoria

Según E. Jelin (2002) la memoria se produce en tanto hay sujetos que comparten una cultura, en tanto hay agentes sociales que intentan materializar estos sentidos del pasado en diversos productos culturales que son concebidos como, o que se convierten, en vehículos de la memoria, tales como museos, monumentos, películas o libros de historia.

Siguiendo el diálogo con lo encontrado en las mesas y en los talleres, los trabajos de la memoria se materializan sobre todo en el campo de la oralidad y se manifiestan de formas diversas a través de canciones, décimas, fábulas, cuentos, chistes, etc. Los talleres fueron espacios en los que se compartieron narrativas que habían sido construidas en otros contextos con el claro objetivo de mostrar que desde el territorio se ha venido trabajando en la construcción de la memoria, aunque eso no esté sistematizado. Por ejemplo, líderes de algunas organizaciones señalaron que han puesto en circulación sus trabajos de la memoria a través de murales, pintura y teatro o producción radial, aunque no han hecho una sistematización de la experiencia:

[Hemos hecho] Teatro. Historia de la comunidad con teatro. Con niños desde preescolar hasta once. De una forma simbólica lo están viendo. Pero aparte del teatro tenemos unas cartillitas. A veces hacemos dibujos: ¿Cómo quieres que sea tu

territorio, qué recuerdas de tu territorio, cómo actúas tú frente a tu territorio? (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero de 2017)

También nosotros lo hemos hecho. A través de murales reflejábamos las experiencias vividas por personas, por mujeres, porque nosotras trabajamos con mujeres, en el territorio [...] Y consideraría que las cartillas para los niños deben ser más gráficas porque es una forma en que para los niños aprenden de mejor manera (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero).

Así, los vehículos de la memoria en la subregión sobrepasan e incluso se distancian de la escritura, por lo que el acompañamiento a procesos de reconstrucción de la memoria debería considerar registros sonoros y visuales. De hecho, experiencias como las que dieron origen al libro *La Pelona: Memoria de luchas y vivencias colectivas. La aldea que construyó su sábana de sueños* (en San Onofre) o la revista *Giho. Espacio de articulación de saber* (de la Escuela Normal Superior de en San Juan) pueden servir como ejemplos dignos de ser replicados en otros municipios.

La información compilada en ambos textos partió de una recolección y registro de relatos orales y estos fueron llevados a la escritura procurando conservar las marcas propias de la oralidad. En el caso de los textos de la revista (clasificados en categorías como “memoria regional”, “narración y memoria” o “memoria y derechos humanos”) se hace más evidente la apuesta discursiva, pero eso puede responder a que es generada desde un grupo de investigación en historia oral que surgió en el territorio y no pasó por la experiencia de mediación por agentes externos.

Si bien algunos participantes insistieron en que es necesario llevar las narrativas a la escritura para acceder con más facilidad a un público que confía más en ese tipo de registros, hacían énfasis en que es indispensable mantener el diálogo con la oralidad (estrategias discursivas y el léxico característico de la región) pues allí están situadas las fortalezas de las comunidades y se estaría en consonancia con las particularidades que definen la identidad de los territorios. Incluso señalan que fuera del territorio, con públicos jóvenes, apelar a la oralidad trajo resultados satisfactorios:

Tenemos una experiencia en Bogotá: llegábamos a las escuelas, más cercanas o digamos a los barrios más periféricos de la ciudad y contamos las historias que pasaron en Montes de María. Y allá no se conocía. Ni sabían donde quedaba Montes de María, esos niños no sabían. Igual nos está pasando aquí, que hay niños que no conocen realmente lo que pasó y no conocen la verdad. Pero si llegamos a las ins-

tituciones y les montamos teatro, les montamos talleres a los niños, le hablamos a los niños de lo que pasó en nuestro territorio, ellos se van a empoderar de eso (Participante del taller, Tolú Viejo, 25 de febrero de 2017)

Como el público ideal se mueve entre un *nosotros* y *los otros*, que como vimos antes también son definidos de forma compleja, los textos escritos que mantengan las características y estrategias discursivas que identifican como propias, además de ser comprendidos con facilidad al interior de las comunidades, permitirían a quienes están fuera acercarse a las particularidades culturales de la región fuera de la lógica discursiva académica que pretende ser descargada de subjetividad. De todos modos, registrar la producción sonora y promover la circulación de las demás formas de poner en escena las narrativas (murales, teatro, cartillas, etc.) es una urgencia, pues existe un público amplio que no es cercano a la escritura, pero que debería conocer lo que tienen que decir desde el territorio sobre su experiencia.

VI. CONCLUSIONES

Los talleres de narrativas funcionaron como un espacio exploratorio que permitió indagar las formas en que las organizaciones de los nueve municipios con los que se trabajó comprenden los trabajos de la memoria en su territorio y evalúan los usos del pasado en relación al presente y al futuro.

Del mismo modo, los talleres permitieron reconocer las desconfianzas con algunas formas en las que organizaciones externas al territorio (ONG, universidades, entes estatales, etc.) han acompañado iniciativas de memoria en Montes de María. En particular, el caso en que estas ingresan al territorio a recoger información, construir informes o productos de distinta índole y no hacen ningún tipo de retroalimentación para las comunidades. En otras palabras, participar de lo que los montemarianos llaman “robo de memorias”, desconociendo que los pobladores de las comunidades son sujetos de derechos portadores de una voz.

Además, tanto los talleres como las mesas, permitieron acceder a reflexiones puntuales sobre la construcción de memoria en el territorio montemariano. Para quienes están organizados es efectivamente una apuesta política que no solamente debe ayudar a recordar lo ocurrido en el marco del conflicto, sino también a romper estereotipos alrededor la población y apoyar los procesos a través de los cuales están defendiendo el pleno goce de sus derechos ciudadanos.

Los trabajos de la memoria desde la perspectiva de los colectivos y organizaciones convocados a los talleres deben ayudar a comprender qué facilitó el ejercicio de la violencia y, además, cuestionar las realidades políticas y sociales vividas en el territorio. Al mismo tiempo, deben integrarse a los debates sobre el acceso igualitario a derechos que se promueve en las sociedades democráticas, como la nuestra. Como lo señala Elizabeth Jelin en la entrevista que le hace Pablo Sandoval: debe conducir a preguntarse cómo la construcción de memorias está contribuyendo a la consolidación de la democracia y al cuestionamiento de desigualdades sociales estructurales (Sandoval, 2012).

Asumir todas estas reflexiones, plantea retos al trabajo de organizaciones y colectivos interesados en apoyar los procesos de reconstrucción de la memoria el territorio. Sin embargo, estos retos dejan ver que trabajar con la memoria en contextos de conflicto trae consigo complejidades. Además, si bien existe la tentación de simplificar estas complejidades por razones operativas, procurar abordarlas permitiría contribuir de forma más seria a la construcción de una memoria polifónica del conflicto armado en Colombia.

REFERENCIAS

- Ardila Linares, Karen Lorena, y Aura María Sierra Acero (2014), “Voces de mujeres en la región de los Montes de María: Violencia Sexual contra las mujeres como arma de guerra del paramilitarismo”, *Folios de humanidades y pedagogía*, No. 2.
- Arrieta Arvilla, Lil Martha (2014), “La construcción del ethos en el discurso político: Un caso de legitimación y poder”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 19.
- Blair Trujillo, Elsa (2008), “Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s)”, *Estudios Políticos*, No. 32.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2013), *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir la memoria histórica*, Bogotá: CNMH y University of British of Columbia.
- Congreso de Colombia (2005), Ley 975, julio 25, “Por la cual se dictan disposiciones para la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios”,

- Disponible en: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=17161>
- Congreso de Colombia (2011), Ley 1448, junio 10, “Por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones”, Disponible en: <http://www.alcaldia-bogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=43043>
- Corena Puentes, Edwin José, y Christian Javier Maldonado Badrán (2016), “Hacia la producción del pasado reciente. Leyes, actores y memorias: El caso colombiano”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 24.
- Daniels Puello, Amaranto, y Alfonso Múnera Cavadía (editores) (2010), *Los Montes de María: Región, conflicto armado y desarrollo productivo*, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Franco, Natalia, Carmen Lucía Castaño, Alirio González, y Omar Rincón (2010), “Había una vez, aventuras del narrar, metodologías y usos”, en Natalia Franco, Patricia Nieto, y Omar Rincón (editores), *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*, Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- García Navas, Cristina (2014), “Alma Llanera: La construcción de una identidad regional en los Corridos Revolucionarios Guadalupeños”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 19.
- Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2009a), *Memorias en tiempos de guerra. Repertorio de iniciativas*, Bogotá: Puntoaparte.
- Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2009b), *La masacre de El Salado: Esa guerra no era nuestra*, Bogotá: Imprenta Nacional.
- Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2011), *Mujeres y Guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*, Bogotá: Taurus
- Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2013), *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, Bogotá: Imprenta Nacional.
- Jelin, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Jelin, Elizabeth (2005), “Exclusión, memorias y luchas políticas”, en Daniel Mato (compilador), *Cultura, política y sociedad perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Jiménez Ortega, Muriel (2016), Las memorias “maricas” en el conflicto armado reciente en los Montes de María: Territorio, identidades y testimonio”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 24.

- Jiménez Chaves, Óscar Julián (2014), “Cuentos de Espanto en las Matrices de la Cultura Urbana. Discursos en Traslación, Mapas y Territorios”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica. Memorias*, No. 19.
- Mendoza García, Jorge (2004), “Las formas del recuerdo. La memoria narrativa”, *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e investigación social*, No. 8.
- Observatorio de Cultura Política, Paz, Convivencia y Desarrollo de los Montes de María (2010), *Los Montes de María: Entre la incertidumbre y la esperanza. Informe año 2009*, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Observatorio de Cultura Política, Paz, Convivencia y Desarrollo de los Montes de María (2011), *El contexto montemariano: La gente se atreve a soñar otra vez. Informe año 2010*, Cartagena: Universidad de Cartagena.
- Ortega, Elsy (2016), “El paso del teatro La Candelaria: Registro de silencios y olvidos en los años ochenta en Colombia”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 24.
- Pinilla Díaz, Alexis V. (2011), “La memoria y la construcción de lo subjetivo”, *Folios*, Segunda época, No. 34.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2010), *Los montes de maría. Análisis de la conflictividad*, Bogotá: PNUD Colombia.
- Reyes Trigos, Claudia (2003), “Visión panorámica de los estudios sobre narración”, *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, No. 15.
- Sandoval, Pablo (2012), “Entrevista a Elizabeth Jelin”, *Revista Argumentos*, No. 5.
- Simon, Elsa (2014), “La fotografía colombiana contemporánea: La expresión de un contexto”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 19.
- Toscano Monterroza, Laura (2015), “Chalán: La huella imborrable del burro bomba”, *El Heraldo*, marzo 16.
- van Dijk, Teun A. (1994), “Discurso, poder y cognición social”, *Cuadernos*, No. 2.
- Vanegas, Wilmer, y Karina Hernández (2017), “Evaluación participativa de las experiencias de memoria histórica de Montes de María”, en Grupo Regional de Memoria Histórica, *Informe del proyecto. Fortalecimiento de las bases y las capacidades territoriales para la reconstrucción participativa de la memoria histórica del conflicto armado en los Montes de María*, Cartagena: Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES).
- Zúñiga, Manuel (2016), “La mano en el considere’: Vínculos entre prácticas artísticas e iniciativas de memoria en la comunidad de San José de Playón, Corregimiento de María La Baja (Bolívar)”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, No. 24.